

En nuestra literatura su voz es una isla. Por excepción, hay entre su poesía y la de Scarpa, y Víctor Castro, una distante atmósfera neoclásica que, intangiblemente, las patrocina.

Con anterioridad a Luis Merino Reyes, en muy escaso límite, Max Jara, cultivó algunas variantes poéticas que guardan cierta remota analogía con aquél:

«Libremente desnudo, sin pena ni rubores,  
en la vida me sufro, me solazo y abismo,  
y traduzco su gama de goces y dolores  
en el tono doliente que es propio de mí mismo».

Pues bien, en un «tono doliente» que en Merino Reyes no existe. Que, por el contrario, es sabiduría, medida, estabilidad intelectual al margen de todo aparatoso andamiaje romántico.

Esta pequeña afinidad con Max Jara, tal vez explique la adhesión intelectual de Luis Merino Reyes, al poeta. Adhesión de juventud que luego se tornó una violenta e irremediable ruptura.

Finalmente, nos cabe destacar esperanza. Pues si el ambiente que lleva al escritor honrado en Chile, al exilio dentro de la patria, le impulsa a declararse náufrago en su propio domicilio, a escribir un mensaje y lanzarlo en una botella—tal como lo practica todo godo ibérico de veras—para que alguien algún día y en alguna playa lo recoja y lea, hoy le vemos salir a la calle—aunque temeroso aún—y tomar las vías de la acción: ahí están sus cantos a París y Stalingrado, y su gran «Romance a Balmaceda». Esperamos que siga esta nueva línea. Nuestro lema debe ser: ¡Combatientes siempre!

<https://doi.org/10.29393/At247-20NCVC10020>

LA NOCHE EN EL CAMINO, Novela de Luis Durand, por Víctor Castro

No es difícil comprobar que en famosas novelas, en autores de renombre, que invaden el campo de ella, ocurre un fenómeno bien definido, inherente a este género literario, podríamos decir,

y que sintetiza sus efectos en esa lentitud para entregar un «interés» novelístico al lector, principalmente a ese que busca diversión, entretenimiento, intermedio para ese oleaje íntimo, ajeno, muchas veces, al plano y al placer artístico. Ejemplo de esto, con todas sus variantes, puede ofrecernos la obra de William Faulkner, «Luz de Agosto», recia hechura que no se descubre así como así a los ojos de tal o cual lector. Y todo esto, porque en la obra de Luis Durand, más relativo el fenómeno, suele poner, de primer plano, una cáscara que, deshecha luego, está guardando bien definidas cualidades y matices..

«La Noche en el Camino» ha venido a reanudar el campo en nuestra literatura, aún cuando en esta novela surja humanamente, recortados en personajes auténticos, localizados, espontáneos. Hay allí una palpitación intensa, un ir y venir por la vida, que Luis Durand logra demostrar en aspectos íntimos, a veces desapercibidos, pero que acusan una sinceridad indiscutida de escritor, a pesar de la experiencia que lleva por estas alturas. Ya el autor de «Mercedes Urizar» ha dado muestras de ello antes de este libro. Y eso—fuera de laboratorio—significa una vida captando aspectos de lo chileno, para ir construyendo lo simultáneo de nuestra expresión cultural. Se comprenderá, entonces, que esta preferencia nuestra tenga en su antítesis, desventaja de esa serie de confesiones vanidosas, que pululan entre señoras bien educadas, puestas dolorosamente en nuestra realidad artística o literaria.

«La Noche en el Camino» no constituye en nuestro panorama un caso constante. Además, su valor apreciable irá cundiendo con el tiempo, dada la estructura misma del libro: su amplitud en todas las circunstancias. Y sin embargo, en proporciones equilibradas, la novela ha captado ambientes que, volvemos a repetir, constituyen documentos definitivamente humanos, dentro de esa esquemática esfera, como es la de una expresión, de una descripción, de un hecho aparente, pero profundizado.

Naturalmente, para escribir y decir estas cosas u otras, es

necesario conocer, haber estado allí, sin pensar en nada, menos aún en el turismo literario. Luis Durand estuvo. Vió, y más allá de sus ojos, sintió todo esto en la sangre, que hoy día recorre las páginas de «La Noche en el Camino». Porque si aquellos duendecillos que bailan, personificando la imaginación, no logran bañarse en la experiencia, no ya simplemente audaz, sino honda del ser y los seres, mueren lastimosamente, en ese bibelot que quedará olvidado junto al sueño imperturbable o a otros fantasmas que suelen manejar un poco de vida por algunos instantes.

El campo, ciertamente, no representa toda la tierra chilena ni todo lo chileno para la literatura. Como en todas partes... Pero no es posible negar que sí representa un buen aspecto, cuya importancia estará permanente, ya que estará expuesto a transformaciones sociales, quieranlo o no patronos y vasallos. Y entonces no podrá negarse que Luis Durand estuvo representando una expresión definida, con ámbitos bien personales, en este comienzo, ya que será un comienzo en nuestra infinita proyección de años y de hechos. Porque, seguramente, los momentos culminantes estará representados por hechos humanos, y entonces, al margen del aburrido pintor de paisajes, estará quien dé las existencias de hoy, en voces, en cuestiones, en pechos, en vitales sombras, Y es todo esto lo que hemos encontrado en toda la obra de Luis Durand. Hoy, pues, con «La Noche en el Camino», ha demostrado que sigue una línea que conoce bien, pero que no sabemos qué tiene más allá, y en cada uno de sus instantes.

El seguramente, estará franco para decirlo, pura y abiertamente como lo ha hecho hasta hoy.—V. C.



POETAS CHILENOS CONTEMPORÁNEOS, breve Antología, por  
*Alfredo Lefevre*

En los volúmenes de la Biblioteca Zig-Zag, en la cual se han publicado obras de innegable valor literario y artístico, se